

## Opinión del Día

—FIRMA INVITADA—

## Las manos del maestro y del camarero

**RICARDO PÉREZ**

ESCRITOR

Las manos de Don Serafín estaban llenas de secretos. Remotos interrogantes que así se quedaban, distantes, a menos que ellas nos mostraran el camino hacia la solución.

Conocían el secreto de las formas. Tan profundo era su dominio de las formas que podían, sobre todo la derecha, producir nuevas sinuosos, unos en perfecto equilibrio, otros bamboleados y solemnes sietes. Podían, sobre todo la derecha, hilvanar con sorprendente velocidad una complicada be con cualquier vocal sin que se notase el más mínimo pespunte. O resolver una pe revoltosa después de una eme oscilante. Las manos de Don Serafín, sobre todo la derecha, conocían el secreto de las formas. La mano izquierda de Don Serafín conocía el secreto de los caminos. Ella nos mostraba la ubicación de los ríos sobre el mapa desplegado o señalaba el vértice preciso que complicaba los cálculos del triángulo.

Entre las dos no había problema matemático irresoluble, rincón geográfico que se nos ocultara ni análisis sintáctico que no terminara desentrañando todos los secretos de la frase tozuda, empenada en ocultarlos.

Las manos del maestro conocían también el valor de la disciplina y la eficacia de los estímulos sensoriales. Pero tenían un fon-

do bueno, así que no podían ejercer por sí mismas las reprimendas. Por eso delegaban en la regla de madera la labor de cachetearnos las nalgas cuando procedía.

Las manos de mi maestro, Don Serafín, conducían un coche que ya era antiguo hace décadas. Llevaba la caja de cambios en el salpicadero y tenía un volante de madera dividido en cuadrantes por unas barras plateadas siempre relucientes. Nos gustaba ver cómo determinaban en su momento el paso preciso; ponían la llave en el contacto, movían la palanca de cambios, giraban la llave, volvían a mover la palanca mientras empujaban el volante hacia la izquierda. Y, sorprendentemente, el coche antiguo de hace décadas empezaba elegante y mesurado su camino. Siempre se despedía de nosotros haciendo sonar el claxon dos veces. Nosotros correspondíamos con saludos de manos y algarabía.

Hoy he vuelto a ver a Don Serafín. Esta vez las manos reposaban bajo una manta. Una mujer de mediada edad empujaba por el paseo soleado la silla en que mi anciano maestro sonreía. Lo he saludado, pero la edad y su memoria han impedido que me recordara. Aunque él, gentil como siempre, ha dicho "ah, sí... Ricardito... ¿qué tal te va hombre?". Y yo le he dicho que bien, sonriendo, y le he enseñado la foto de mi mujer y los niños, le he contado vagamente que trabajo en un periódico y cuánto me alegraba verle con tan buen aspecto. Él,

inteligente, ha dicho que siempre fui un poco alocado, como ahora mencionando su aspecto. Yo he estrechado con cariño sus dos manos, aquellas que estuvieron repletas de los secretos que nos desveló con paciencia.

**LAS MANOS DEL CAMARERO**

Haber estudiado, suele decirse a modo de reproche. A los niños les dice que usen hoy la cabeza para no usar las manos mañana, pero no puede sentarse con ellos a hacer los deberes porque regresa a casa cuando ya están acostados y porque no tiene esos conocimientos. Sin embargo es muy bueno con el cálculo mental y los domingos hace que los niños practiquen y se diviertan. Les ofrece chucherías por las respuestas correctas, una entrada de cine para el primero que solución mentalmente una multiplicación de dos cifras o un premio sorpresa para el que diga sin equivocarse la tabla del doce. Un premio sorpresa que lo mismo puede ser un plátano, una lluvia de besos o una entrada para el partido que alguien le regaló en el bar.

Le gustaría pasar más tiempo en casa conmigo y con los niños pero su trabajo lo impide, aunque tenemos la suerte de que el bar cierra los domingos. Don Anselmo, el dueño, devoto anciano, prefiere perder los aperitivos y las copas de la partida -porque el domingo, como Dios manda, no se trabaja- a poner en entredicho su entrada directa en el Cielo. Bendito sea por eso y por permitir a

mi familia disfrutar de su padre, al menos los domingos.

Los niños pasan alguna vez por el bar para verlo. Pocas, porque a él no le gusta que anden en ese ambiente y, quizá, para que no vean el desdén y malas formas con que traga diariamente. Las pocas veces que lo visitan, sale de la barra, besa y abraza a sus hijos y les ofrece algo; un helado en verano, un chocolate caliente en invierno, alguna golosina...

Cuando regresa a casa le preparo un baño caliente y froto su espalda dolorida con alcohol de romero. Por muy cansado que llegue, siempre reserva fuerzas para amarnos. Suele poner la radio cuando hacemos el amor, temeroso de que los niños, aún creyéndolos dormidos, puedan oírnos. Sus manos no son suaves, pero sí lo son sus caricias. Este hombre, trabajador y responsable, ya no ríe como cuando éramos jóvenes aunque siempre sepa arrancarme una carcajada con sus bromas y ocurrencias.

Cómo me gustaría poder quitarle esa pátina gris que los años han puesto sobre sus ojos. La mirada sin esperanza del que se sabe vencido pero no se da por derrotado. Alguna vez reblandece, la pátina, cuando los niños corren a saltar sobre él en el sofá y cuando, antes de dormir, le recuerdo que lo amo. Entonces su cara emerge levemente, estirando la capa de desánimo incapaz de ocultar las ojeras y el hastío, y creo ver los rasgos del joven que cogió mi mano en el cine de verano y

dijo "tú eres para mí y yo tuyo desde ahora". Yo tenía quince años, él diecisiete y han pasado veintitrés.

Mañana se levantará, de nuevo, antes de que amanezca. Llegará al bar a las seis y media, preparará cafés y tostadas, aguantará borrachos e impertinencias, reirá sin ganas las sandeces de los habituales, servirá comidas para albañiles, pintores y otros de los suyos, como él dice. Aguantará paciente las tilas y manzanillas que piden las señoras para charlar tres horas, en la mesa del fondo, entre vasos de agua. Aguantará el peso de las cajas de bebidas y el de los movimientos mecánicos mil veces repetidos diariamente. Tratará de que las carcajadas de adolescentes tomando café no le taladren los oídos y las penas de los borrachos charlatanes no le hagan proferir algún mal pensamiento.

Y volverá a casa agotado. Vencido pero indomable. Volverá a casa y yo le ofreceré el más tierno de mis besos y el abrazo más esponjoso. Él me traerá alguna chuchería; tres bombones, unos pendientes, cintas para el pelo o una flor que cogió del parque.

Volverá a casa agotado y frotrará su espalda dolorida con alcohol de romero antes de hacernos el amor tiernamente. Antes de que envuelva mi espalda con su abrazo medio dormido. Antes de que caiga en el sueño con sus manos rugosas sobre mi pecho, porque dice que así se le calienta el alma.